

las estacadas que habían formado para su defensa. Dueños finalmente los españoles de la villa, salían de ella con frecuencia, para hacer correrías en los lugares vecinos, en los cuales tuvieron algunos encuentros peligrosos, hasta que el 25 de Marzo se empeñó una batalla campal y decisiva. Dióse ésta en las llanuras de Centla, villa poco distante de la ya mencionada. El ejército de los tabasqueños era muy superior en número; pero á pesar de su muchedumbre, fueron completamente vencidos, por la mejor disciplina de los españoles, la superioridad de sus armas y el terror que inspiraron á los indios la grandeza y la fogosidad de sus caballos. Ochocientos tabasqueños quedaron muertos en el campo de batalla; los españoles tuvieron un muerto y más de sesenta heridos. Esta victoria fué el principio de la felicidad de los españoles, y en su memoria fundaron despues allí una pequeña ciudad, con el nombre de la *Virgen de la Victoria*,¹ que por mucho tiempo fué la capital de la provincia. Procuraron justificar su hostilidad con las reiteradas protestas que, ántes de venir á las manos, hicieron á los tabasqueños, de no haber venido á aquel país como enemigos, ni con intenciones de hacer daño, sino como navegantes que deseaban adquirir con el cambio de sus mercancías, todo lo que necesitaban para continuar su viaje, á cuyas protestas respondieron los indios con una lluvia de flechas y dardos. Tomó Cortés solemne posesion del país, en nombre de su soberano, con una extraña ceremonia, conforme á los usos y las ideas caballerescas de aquel siglo: embrazó la rodela, desenvainó la espada y dió con ella tres golpes en el tronco de un árbol que estaba en la villa principal, protestando que si alguno osaba oponerse á aquella posesion, él estaba pronto á defenderla con su acero.

Para consolidar el dominio de su rey, convocó á los señores de aquella provincia y los persuadió á tributarle obediencia y á reconocerlo como su legítimo señor; y para darles más alta idea del poder de aquel monarca, mandó disparar un cañon y les hizo creer que los relinchos de los caballos eran muestras de su enojo contra los enemigos de los españoles. Todos se mostraron dóciles á las proposiciones del vencedor y escucharon con admiracion y agradecimiento las primeras verdades de la religion cristiana, que les declaró por medio del intérprete Aguilar, el P. Bartolomé de Olmedo, religioso docto y ejemplar de la Orden de la Merced y capellan de la armada. Presentaron despues á Cortés, en señal de su sumision, algunas frioleras de oro, trages de tela gruesa que era la única que se usaba en aquella provincia y veinte esclavas que fueron distribuidas entre los oficiales de la expedicion.

NOTICIA DE LA FAMOSA INDIA DOÑA MARINA.

Entre ellas había una doncella noble, hermosa, de mucho ingenio y de gran espíritu, natural de Painala, pueblo de la provincia mexicana de Coatzacoalco.²

¹ La ciudad de la Victoria se despobló enteramente hácia la mitad del siglo pasado, de resultas de las frecuentes invasiones de los ingleses. Fundóse despues á mayor distancia del mar otra pequeña ciudad, que llamaron Villa Hermosa; pero la capital de aquella provincia y la residencia del gobernador, es *Tlacotalpan*.

² En una historia MS. que se conservaba en el colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, se leía que Doña Marina era natural de Huilotla, pueblo de Coatzacoalco. Gomara, á quien siguieron Herrera y Torquemada, dice que nació en Xalisco y que de allí la llevaron los mercaderes á Xicalanco; mas esto es falso, pues Xalisco dista de Xicalanco más de novecientas millas, y no se sabe, ni es verosímil que haya habido comercio entre provincias tan distantes. Bernal Diaz, que vivió largo tiempo en Coatzacoalco y conoció á la madre y al hermano de Doña Marina, confirma la verdad de mi noticia y dice que lo supo de su misma boca. A esto se añade la tradicion conservada hasta ahora en Coatzacoalco, conforme á lo que he dicho.

Su padre había sido feudatario de la corona de México y señor de muchos pueblos. Habiendo quedado viuda su madre, se casó con otro noble, de quien tuvo un hijo. El amor que los dos esposos profesaban á este fruto de su union, les sugirió el inicuo designio de fingir la muerte de la primogénita, á fin de que toda la herencia pasase al hijo. Para dar color á su mentira, habiendo muerto á la sazón la hija de una de sus esclavas, hicieron el duelo como si la muerta fuese su propia hija, y entregaron ésta clandestinamente á unos mercaderes de Xicalanco, ciudad situada en los confines de Tabasco. Los xicalancos la dieron ó la vendieron á los tabasqueños sus vecinos, y éstos la presentaron á Cortés, estando muy léjos de pensar que aquella jóven debía contribuir tan eficazmente á la conquista de aquellos países. Sabia, además de la lengua mexicana, que era la suya, la maya que se hablaba en Yucatan y en Tabasco y en breve aprendió también la española. Instruida en poco tiempo en los dogmas de la religion cristiana, fué bautizada solemnemente con las otras esclavas y recibió el nombre de Marina.¹ Fué constantemente fiel á los españoles, y no se pueden encomiar bastantemente los servicios que les hizo, pues no solo sirvió de intérprete y de instrumento en sus negociaciones con los Tlaxcaltecas, con los Mexicanos y con las otras naciones de Anáhuac, sino que les salvó muchas veces la vida, anunciándoles los peligros que los amenazaban, é indicándoles los medios de eludirlos. Acompañó á Cortés en todas sus expediciones, sirviéndole siempre de intérprete, muchas veces de consejero, y por su desventura, de dama. El hijo que de ella tuvo aquel conquistador, se llamó D. Martín Cortés, caballero de la Orden de Santiago, el cual, por infundadas sospechas de rebelion, fué puesto en el tormento en México, el año de 1568, olvidando aquellos inicuos y bárbaros jueces los incomparables servicios que los padres del ilustre reo habían hecho al rey católico y á toda la nacion española.²

Despues de la conquista se casó Doña Marina con un español llamado Juan de Jaramillo. En el largo y penoso viaje que hizo en compañía de Cortés á la provincia de Honduras, en 1524, tuvo ocasion, al pasar por su patria, de ver á su madre y hermano, los cuales se le presentaron cubiertos de lágrimas y de consternacion, temerosos de que viéndose en tanta prosperidad, con el apoyo de los españoles, quisiese vengar el agravio que le habían hecho en su niñez; mas ella los acogió con mucha amabilidad, mostrando de este modo que su piedad y grandeza de ánimo no eran inferiores á las otras prendas con que el cielo la había dotado. No me ha parecido justo omitir estos datos acerca de una mujer que fué la primera cristiana del imperio mexicano, que hace un papel tan importante en la historia de la conquista, y cuyo nombre es tan célebre entre los Mexicanos y los españoles.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A CHALCHIHUECAN.

Asegurada la tranquilidad de los Tlaxcaltecas y conociendo Cortés que no podía sacar mucho oro de aquel país, resolvió continuar su viaje para buscar

¹ Los Mexicanos, adaptando á su idioma el nombre de Doña Marina, la llaman *Malintzin*, de donde viene el nombre de Malinche, con que es conocida por los españoles de México.

² Los que dieron tortura á D. Martín Cortés y pusieron preso al marqués del Valle, su hermano, fueron dos formidables jueces enviados á México por Felipe II. El principal, llamado Muñoz, hizo tales estragos, que movido el rey por las quejas de los Mexicanos, lo llamó á la corte y le dió tan severa reprension, que al dia siguiente se le encontró muerto en una silla.

otro más rico; pero acercándose el Domingo de Ramos, quiso dar á los Tlaxcaltecas, ántes de separarse de ellos, alguna idea de la santidad de la religion cristiana. Celebróse aquel día la santa misa con el mayor aparato que se pudo, se bendijeron los ramos y se hizo una solemne procesion con la música militar, á la que asistieron atónitos y edificados aquellos gentiles, quedando desde entónces en sus corazones la semilla de la gracia, que iba á germinar y fructificar en época más conveniente.

Terminada la funcion, y dada la despedida á los señores de Tabasco, se puso en camino la armada, y dirigiéndose hácia Poniente, despues de haber costeado la provincia de Coatzacoalco, y atravesando la boca del rio Papaloapan, entró en el puerto de San Juan de Ulúa el Juéves Santo, 21 de Abril. Apénas habian echado el ancla, cuando vieron venir de la costa de Chalchiuhcuecan, hácia la "Capitana," dos canoas con muchos Mexicanos enviados por el gobernador para saber qué gente era aquella, qué negocio traía y para ofrecerle todos los auxilios que le fuesen necesarios á la continuacion de su viaje; lo que hizo ver la vigilancia de aquel caudillo y la hospitalidad de aquella nacion. Admitidos á bordo de la "Capitana" y presentados á Cortés, con modales civiles le expusieron su embajada por medio de Doña Marina y de Aguilar; pues por no saber éste todavía el mexicano, ni aquella el español, fué necesario en aquellos primeros tratos emplear tres lenguas y dos intérpretes. Doña Marina exponía á Aguilar en lengua maya lo que los Mexicanos decían en la suya, y Aguilar lo explicaba á Cortés en español. Este general acogió costesmente á los Mexicanos, y sabiendo cuánto habian gastado el año anterior de las bujerías de Europa, les respondió que solo habia venido á aquellas tierras para comerciar con sus habitantes y para tratar con su rey de asuntos de la mayor importancia; y para más complacerlos les dió á probar el vino de España, y les regaló algunas frioleras que creyó les serían agradables.¹

El primer día de Pascua, despues que los españoles hubieron puesto pié en tierra y desembarcado sus caballos y artillería: despues que con la ayuda de los Mexicanos se hubieron construido con ramas algunas barracas en aquella playa arenosa en que está actualmente la ciudad de la nueva Veracruz, llegaron dos gobernadores de aquella costa, llamados Teuchtlile y Cuitalpitoc,² con un gran séquito de criados; y hechas por una y otra parte las ceremonias convenientes de urbanidad y respeto, ántes de entablar la conversacion quiso Cortés, no ménos para empezar bajo buenos auspicios su empresa, que para dar á aquellos idólatras alguna idea de nuestra religion, que se celebrase en su presencia el

¹ Torquemada dice que prevenido Moteuczoma de la llegada de la nueva expedicion, por los centinelas de los montes, despachó inmediatamente á sus embajadores para reverenciar al supuesto dios Quetzalcoatl; los cuales, dirigiéndose con gran celeridad á Chalchiuhcuecan, pasaron inmediatamente á bordo de la "Capitana," el mismo día en que aparecieron allí los españoles; que Cortés, viendo el error que padecian, y queriendo aprovecharse de él, los recibió sentado en un alto trono, que hizo disponer á toda prisa, donde se dejó adorar, vestido con el traje sacerdotal de Quetzalcoatl, adornado el cuello con un collar de piedras y la cabeza con una celada de oro, salpicada con joyas, etc.; pero todo esto es falso. El ejército salió del rio de Tabasco el Lunes Santo y llegó el Juéves al puerto de Ulúa. Los montes de Tochtlan y de Mictlan, de donde se pudo ver la expedicion, no distan de la capital ménos de 300 millas, ni ésta de Ulúa ménos de 220: así que, aunque se hubiese visto la expedicion el mismo día en que zarpó de Tabasco, era imposible que los embajadores llegasen el Juéves á Ulúa. No hay escritor que haga mencion de esta circunstancia; ántes bien, de la relacion de Bernal Diaz se infiere que todo es invencion y que los Mexicanos habian ya conocido el error que ocasionó la primera armada.

² Bernal Diaz escribe *Tendile* en lugar de *Teuchtlile*, y *Pitalpitoc* en lugar de *Cuitalpitoc*. Herrera lo llama *Pitalpitoc*; Solís y Robertson, que quisieron enmendarlo, *Pilpatoc*.

santo sacrificio de la misa. Cantóse con la mayor solemidad posible, y esta fué la primera que se celebró en los dominios mexicanos.¹

Convidó en seguida á los embajadores á comer en su compañía y en la de sus capitanes, procurando atraerse su benevolencia con grandes obsequios. Dijoles que era súbdito de D. Carlos de Austria, el mayor monarca de Oriente, cuya bondad, grandeza y poder encareció con las más magníficas expresiones; añadiendo que su soberano, habiendo tenido noticia de aquellas tierras y del señor que en ellas reinaba, lo enviaba á visitarlo en su nombre y á comunicarle verbalmente algunas cosas de suma importancia; por lo que deseaba saber dónde le convendría recibir la embajada. "Apénas, respondió Teuchtlile, habeis llegado á este país, ¡y ya quereis ver á nuestro rey! He escuchado con satisfaccion lo que habeis dicho acerca de la grandeza y bondad de vuestro soberano; pero sabed que el nuestro no le cede ni en una ni en otra calidad; ántes bien, me maravillo que pueda haber en el mundo otro que le exceda en poder; pero pues vos lo afirmáis, lo haré saber al rey, de cuya bondad confío que no solo oirá con placer las nuevas de tan gran príncipe, sino que honrará á su embajador. Aceptad entre tanto este regalo que en su nombre os presento;" y sacando de un *bellacalli* ó caja hecha de cañas, algunas excelentes alhajas de oro, se las presentó al caudillo español juntamente con algunas obras curiosas de plumas, diez cargas de trages finos de algodón y una gran provision de víveres.²

Aceptó Cortés el regalo, con singulares demostraciones de gratitud, y correspondió con otro de objetos de poco valor, pero muy apreciados por aquellos naturales, ó por ser para ellos enteramente nuevos, ó por su aparente brillo. Habia traído consigo Teuchtlile varios pintores, á fin de que dividiéndose entre sí los diferentes objetos de que se componía la expedicion, pudiesen en breve representarla en su totalidad y ofrecer al rey la imagen de lo que iba á referirle verbalmente. Conocido por Cortés su intento, mandó, para dar á los pintores un asunto capaz de hacer mayor impresion en el ánimo del rey, que su caballería corriese por la playa, haciendo algunas evoluciones militares, y que se disparase á un mismo tiempo toda la artillería; lo que fué observado, con el asombro que puede imaginarse el lector, por los dos gobernadores y por su numerosa comitiva, que, segun Gomara, no bajaba de cuatro mil hombres. Entre las armas de los españoles observó Teuchtlile una celada dorada, la cual, por ser muy semejante á otra que tenia uno de los principales ídolos de México, pidió á Cortés, á fin de hacerla ver á Moteuczoma. Cortés la concedió, con la obligacion de devolvérsela llena de oro en polvo, bajo el pretexto de ver si el oro que se sacaba de las minas de México era igual al de su patria.³

¹ Solís reconviene á Bernal Diaz y á Herrera, por haber afirmado, segun él creía, que se habia celebrado la misa en Viérnes Santo. El autor del Prefacio de la edicion de Herrera, de 1730, emplea una erudicion importuna y fastidiosa para justificar la supuesta celebracion de la misa en aquel día; pero con licencia de este escritor y de Solís, diré que no entendieron el texto. Bernal Diaz dice en el capítulo 38, que el Viérnes Santo desembarcaron los caballos y la artillería, é "hicimos, añade, un altar en que muy en breve se dijo misa." No dice que en aquel mismo día se hizo el altar; ántes bien, dice claramente que se hizo en domingo, despues de la llegada de Teuchtlile.

² Solís y Robertson dicen que Teuchtlile era general, y lo privan del gobierno político de aquella costa. Bernal Diaz, Gomara y otros autores antiguos, dicen que era gobernador de Cuetlochtlan. Los dos primeros añaden que Teuchtlile se opuso desde luego al viaje de Cortés á la capital; pero consta por mejores autoridades, que no manifestó esta oposicion hasta haber tenido orden positiva del rey.

³ Algunos historiadores dicen que Cortés, para exigir la celada llena de oro, se valió del pretexto de cierto mal de corazon que padecian él y sus compañeros, y que solo se curaba con aquel precioso metal; mas esto poco importa á la verdad histórica.

Terminadas las pinturas, se despidió cariñosamente Teuhtlile de Cortés, ofreciéndose á volver dentro de pocos días con la respuesta de su soberano; y dejando en su lugar á Cuitlalpitoc, para que proveyese á los españoles de cuanto podrian necesitar, pasó á Cuetlachtlan, lugar de su residencia ordinaria, de donde llevó en persona á la corte la embajada, las pinturas y el regalo, como afirman Bernal Díaz y Torquemada, ó bien, como dice Solís, envió todo por las postas, que estaban siempre dispuestas á marchar en los caminos principales.

INQUIETUD DE MOTEUCZOMA; SU PRIMERA EMBAJADA,
Y REGALO A CORTÉS.

Fácil es de imaginarse la gran inquietud y perplejidad en que pondrian á Moteuczoma aquellas noticias y los pormenores que supo acerca del carácter de aquellos extranjeros, del ímpetu de sus caballos y de la violencia destructora de sus armas. Como dado á la supersticion, mandó consultar inmediatamente á sus dioses sobre la pretension de los extranjeros, y la respuesta fué, segun dicen, que no los admitiese jamás en su capital. Proviniese este oráculo del demonio, como algunos autores creen, el cual procuraba cerrar la entrada al Evangelio, ó de los sacerdotes, como yo pienso, por su interes propio y por el de toda la nacion, lo cierto es que Moteuczoma se decidió desde entónces á no recibir á los españoles; mas para proceder con acierto y de un modo conforme á su carácter, les mandó una embajada con un regalo ciertamente digno de su régia magnificencia. El embajador fué un gran personaje de su corte, muy semejante, tanto en la estatura como en las facciones, al general español, segun lo asegura un testigo ocular.¹ Apénas habian pasado siete dias de la despedida de Teuhtlile, cuando volvió acompañado de este sugeto y de más de cien hombres de carga que traian el regalo.² Cuando se halló el embajador en presencia de Cortés, tocó con la mano el suelo y despues la llevó á la boca, segun el uso de aquellas gentes: incensó al general³ y á los otros oficiales que estaban á su lado, lo saludó respetuosamente, y sentándose en un asiento que le presentó Cortés, pronunció su arenga, que se redujo á felicitarlo por su llegada, en nombre del rey; á manifestar el placer que su majestad habia tenido al saber que habian llegado á sus dominios hombres tan valientes, y al oír las noticias que le traian de tan gran monarca, mostrándole al mismo tiempo su agradecimiento por el regalo que le habia hecho, y que en prueba de su aprecio le enviaba otro. Dicho esto, mandó extender por el suelo unas esteras finas de palma y telas de algodón, sobre las cuales se colocó en buen orden y simetría todo el presente. Este consistía en muchos objetos de oro y plata, aun

¹ Bernal Díaz del Castillo.

² Bernal Díaz llama á este embajador *Quintalbor*; mas este nombre no es, ni pudo ser, mexicano. Robertson dice que los mismos oficiales que hasta entónces habian tratado con Cortés, fueron los encargados de la respuesta del rey, sin hacer mencion del embajador; pero tanto Bernal Díaz del Castillo como otros historiadores españoles, afirman lo que refiero. Solís, en vista del corto intervalo de siete dias y de la distancia de setenta leguas entre aquel puerto y la capital, no quiso creer que fuese entónces un embajador á ver á Cortés; pero habiendo dicho poco ántes que las postas mexicanas eran más diligentes que las de Europa, no es de extrañar que llevasen en poco más de un dia la noticia de la llegada de los españoles, y que en cuatro ó cinco dias hiciese el viaje el embajador en litera, y á hombros de los mismos correos, como muchas veces se hacia. Pues el hecho no es inverosímil, debemos creer á Bernal Díaz, testigo ocular y sincero.

³ Este acto de incensar á los españoles, aunque no fuese mas que un obsequio puramente civil, y el nombre de *teucutin* (señores) con que los llamaban, y que es algo semejante al de *teleo* (Dios), les hicieron creer que los Mexicanos los creian seres superiores á la humanidad.

más preciosos por su maravilloso artificio que por el valor de su materia, entre los cuales habia algunos con piedras preciosas y otros representaban figuras de leones, tigres, monos y otros animales; en treinta cargas de telas finísimas de algodón de varios colores y en parte tejidas de hermosas plumas; en muchos excelentes trabajos de plumas con adornos de oro, y en la celada llena de este metal en polvo, como lo habia pedido Cortés, la cual importaba mil y quinientos pesos; pero lo más admirable de todo eran dos grandes láminas, hechas en figuras de ruedas, una de oro y otra de plata. La de oro representaba el siglo mexicano, y en medio tenia la imágen del sol y en rededor otras de bajo relieve. Su circunferencia era de treinta palmos toledanos y su valor de diez mil pesos.¹ La de plata, en que estaba figurado el año mexicano, era aún de mayores dimensiones y tenia en medio la imágen de la luna y otras al rededor, tambien de bajo relieve. Los españoles quedaron no ménos maravillados que contentos al ver tanta riqueza. "Este regalo, añadió el embajador hablando con Cortés, es el que mi soberano envía para vos y para vuestros compañeros, pues para vuestro rey os dirigirá en breve ciertas joyas de inestimable valor. Entre tanto, podreis deteneros todo el tiempo que gustéis en estas playas, para reposaros de las fatigas de vuestro viaje y para proveeros de cuanto necesiteis ántes de regresar á vuestra patria. Si alguna otra cosa quereis de esta tierra para vuestro monarca, pronto os será franqueada; pero por lo que respecta á vuestra solicitud de pasar á la corte, estoy encargado de disuadirlos de tan difícil y peligroso viaje, pues sería necesario caminar por ásperos desiertos y por países de enemigos." Cortés recibió el presente con las mayores expresiones de gratitud á la real beneficencia, y correspondió á ella como pudo; pero léjos de desistir de su pretension, suplicó al embajador que hiciese ver al rey los males y peligros que habia padecido en tan larga navegacion, y el disgusto que tendria su soberano al ver frustradas sus esperanzas; que por lo demás, los españoles eran de tal condicion, que ni las fatigas ni los peligros eran capaces de apartarlos de sus empresas. El embajador prometió decir al rey lo que Cortés le encargaba, y se despidió urbanamente con Teuhtlile, quedando Cuitlalpitoc con gran número de Mexicanos, en un caserío que habia formado de cabañas, poco distante del campo de los españoles.

Bien conocia Cortés, en medio de tanta prosperidad, que no podia subsistir largo tiempo en aquel sitio; pues además de la incomodidad del calor y de la importunidad de los mosquitos, que abundan en demasía en toda aquella playa, temía que ocasionase algun daño á sus naves la violencia del norte, á que está muy expuesto aquel puerto; por lo que despachó dos buques, al mando del capitán Montejó, á fin de que costeando hácia Pánuco, buscase un puerto más seguro. Volvió aquella expedicion al cabo de pocos dias, con la noticia de haber hallado á treinta y seis millas de Ulúa, un puerto próximo á una ciudad, edificada en una posición fuerte.

REGALO DE MOTEUCZOMA PARA EL REY CATOLICO.

Entre tanto volvió Teuhtlile al campo de los españoles, y llamando aparte á Cortés con los intérpretes, le dijo que su señor Moteuczoma habia agradecido los regalos que le habia enviado: que el que aquel soberano le remitía entónces,

¹ Varian considerablemente los autores acerca del valor de estas alhajas; pero yo doy mayor crédito á Bernal Díaz, que lo sabia bien, como que debió tener parte en el regalo.

era para el gran rey de España: que le deseaba muchas felicidades; pero que no le enviase nuevos mensajes, ni se tratase más del viaje á la capital. El presente para el rey católico se componía de muchas alhajas de oro, que importaban mil y quinientos pesos; de diez cargas de trabajos curiosísimos de pluma, y de cuatro joyas tan estimadas por los Mexicanos, que según afirmó el mismo Teuhtlile, cada una de ellas valía cuatro cargas de oro. Pensaba aquel mal aconsejado rey que con su liberalidad obligaría á los españoles á dejar aquellos países, sin echar de ver que el amor del oro es un fuego que tanto más se inflama cuanto más abundante es el alimento que se le echa. Mucho sintió Cortés la repulsa de Moteuczoma; pero no desistió de su pensamiento, pues el aliciente de la riqueza excitaba más y más la natural constancia de su ánimo.

Observó Teuhtlile, ántes de despedirse, que los españoles, al oír los toques de la campana del Ave María, se arrodillaban delante de una cruz, y lleno de admiración preguntó por qué adoraban aquel leño. De allí tomó ocasión el P. Olmedo para declararle los principales artículos de la fé cristiana y para echarle en cara el culto abominable de sus ídolos y la inhumanidad de sus sacrificios; mas este discurso era del todo inútil, pues aun no había llegado para aquellos pueblos el tiempo de la santificación.

Al día siguiente se hallaron los españoles tan abandonados por los Mexicanos, que ni uno solo se dejaba ver en toda aquella playa; efecto de la orden dada por el rey, de retirar del campo de aquellos extranjeros la gente destinada á su servicio, y las provisiones, si persistían en su temeraria resolución. Esta inesperada novedad ocasionó gran consternación entre los españoles, porque á cada momento temían que se desplomase sobre su miserable campamento todo el poder de aquel vasto imperio; por lo que Cortés mandó asegurar los víveres en los barcos y poner la tropa sobre las armas. No hay duda que tanto en esta, como en otras muchas ocasiones, que aparecerán en el curso de esta Historia, pudo fácilmente Moteuczoma desbaratar aquellos pocos extranjeros, que después debían hacerle tanto daño; pero Dios los conservaba á fin de que fuesen instrumentos de su justicia, sirviéndose de sus armas para castigar la superstición, la crueldad y otros delitos con que aquellas naciones habían provocado su ira. No trató de justificar el intento ni la conducta de los conquistadores; pero tampoco puedo dejar de conocer en la serie de la conquista y en despecho de la incredulidad, la mano de Dios que iba preparando la ruina de aquel imperio, y se valía de los mismos desaciertos de los hombres para los altos designios de su Providencia.

EMBAJADA DEL SEÑOR DE CEMPOALA, Y SUS CONSECUENCIAS.

En este mismo día, de tanta consternación para los españoles, tuvieron sin embargo un testimonio de la protección Divina. Dos soldados que hacían la guardia fuera del campo, vieron venir hacia ellos cinco hombres, algo diferentes de los Mexicanos en sus trages y adornos, los cuales, conducidos á presencia del general español, dijeron en mexicano (por no haber allí quien entendiese su idioma), que eran de la nación Totonaca y enviados por el señor de Cempoala, ciudad distante veinticuatro millas de aquel punto, para saludar á aquellos extranjeros y para rogarles pasasen á aquel pueblo, donde serían bien recibidos; añadiendo que no habían venido ántes, por miedo de los Mexicanos. Era el señor de Cempoala uno de aquellos feudatarios que vivían impacientes

del yugo de Moteuczoma. Informado de la victoria obtenida por los españoles en Tabasco y de su llegada al puerto en que entonces residían, le pareció aquella una ocasión favorable de recobrar su independencia, con el auxilio de tan animosos guerreros. Cortés, que nada deseaba tanto como una alianza de aquella especie para aumentar sus fuerzas, después de haber tomado menudos informes acerca del estado y de la condición de los Totonacas y de los daños que sufrían por la prepotencia de los Mexicanos, respondió dando gracias al cempoalteca por su cortesía y prometiéndole hacerle una visita sin tardanza.

En efecto, inmediatamente publicó su salida para Cempoala; mas ántes le fué preciso vencer los obstáculos que halló en sus mismas tropas. Algunos parciales del gobernador de Cuba, cansados de las incomodidades que habían sufrido, atemorizados por los peligros que presagiaban y deseosos del descanso y de las holguras de sus casas, rogaron enérgicamente al general que volviese á Cuba, exagerando la escasez de víveres, la temeridad de tamaña empresa, como era la de oponer tan pequeño número de soldados á todas las fuerzas del rey de México, especialmente después de haber perdido en aquellos arenales treinta y cinco hombres, parte de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Tabasco, parte por el aire insalubre de la playa. Cortés, ya con dones, ya con promesas, ya con un poco de rigor oportunamente aplicado y con otros medios inventados por su raro ingenio, manejó tan bien los ánimos, que no solo aquietó á los descontentos, sino que logró que se decidiesen gustosos á permanecer en aquel delicioso país; y adelantándose además en sus negociaciones, obtuvo que el ejército, en nombre del rey y con entera independencia del gobernador de Cuba, lo confirmase en el mando supremo, tanto político como militar, y que para los gastos que había hecho y que después hiciese en la expedición, se le adjudicase desde entonces en adelante, el quinto del oro que se adquiriese, sacada ántes la parte que al rey pertenecía. Después creó las magistraturas y los otros cargos públicos necesarios para una colonia que intentaba establecer en aquellas costas.

Habiendo superado estos obstáculos y tomado las medidas convenientes para la ejecución de sus vastos designios, se puso en camino con sus tropas. Su intento no era tan solo buscar aliados y proporcionar á su gente algun alivio á los males que habían sufrido, sino también escoger un buen sitio para la fundación de la colonia, por estar Cempoala en el camino de Quiahuitzla,¹ en cuyo distrito estaba el puerto descubierto por el capitán Montejo. El ejército, con una parte de la artillería, marchó en buen orden hacia Cempoala y apercebido á la defensa, en caso de ser atacado por los Totonacas, de cuya buena fé no estaban seguros, ó por los Mexicanos, á quienes suponían ofendidos por su resolución; disposiciones que ningun buen general juzgará inútiles y que nunca descuidó Cortés ni aun en los tiempos de su mayor prosperidad, pues siempre son útiles para mantener la disciplina militar y casi siempre necesarias á la seguridad propia. Los buques se dirigieron por la costa al puerto de Quiahuitzla.

Tres millas ántes de llegar á Cempoala, salieron de aquella ciudad al encuentro de Cortés veinte sujetos de distinción, le presentaron un refresco de piñas y de otras frutas del país, lo saludaron á nombre de su señor y lo excusaron de no haber venido en persona, por impedirse sus dolencias. Entraron en la ciudad en orden de batalla, temiendo alguna traición de los habitantes. Un sol-

¹ Solís y Robertson dan á este puerto el nombre de *Quiabislan*, que ni es ni puede ser mexicano.